

La sólida tradición satírica rusa alcanzó uno de sus momentos culminantes con *Las doce sillas* (1928), que consagró a sus autores, Ilf y Petrov, y marcó un antes y un después en aquella literatura. *ABC Cultural* ofrece la crítica y un extracto del libro, de próxima aparición

El koljós global

ILIA ILF Y EVGUENI PETROV
Las doce sillas
Traducción de Helena Diana Moradell.
El Acantilado, Barcelona, 1999.
566 páginas, 3.800 pesetas.

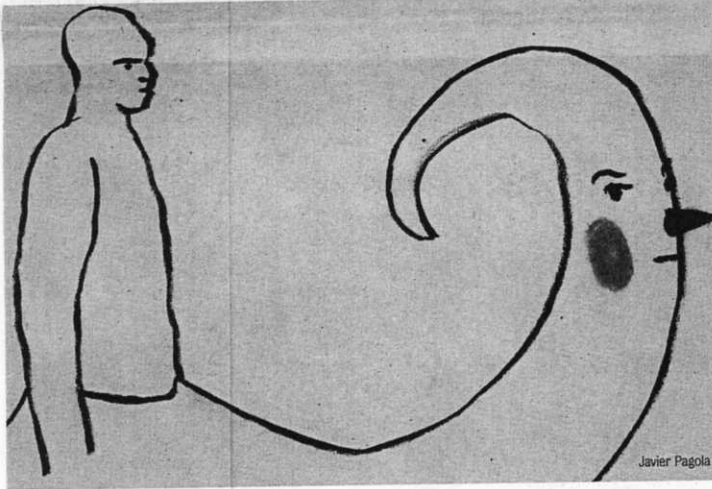
Las duras condiciones políticas y económicas por las que atravesó Rusia desde el inicio del siglo XX (agonía del zarismo, revolución, guerras civil y mundial, estalinismo, estancamiento, liquidación del Estado soviético y transición al mercado) han acuñado una extendida idea, sandía y artera por lo demás, de que la producción literaria, como la cinematográfica, es en aquel país aburrida o desagradable y, en ocasiones, la suma de ambas condiciones. Si hay una obra capaz de desmentir por sí sola todo lo que de falaz tiene esta afirmación, ésa es, sin ningún género de dudas, la que pergeñaron Iliá Arnóldovich Fainzilberg (1897-1937) y Evgueni Petróvich Katáev (1903-1942), hermano del tam-

los lugares más activos en cuanto a narrativa, lírica y teatro, pero donde el humorismo empezaba a ser tan necesario como raro. A partir de 1930 la lectura inversa de este fenómeno convierte al humor en escaso por peligroso, pues los órganos de difusión estatal llaman a los autores a cerrar filas frente a cualquier conato de disidencia y la escasa formación de muchos de los cuadros del nuevo Estado alimenta una espiral de injusticias

«La audacia de los autores no se limita a la actualidad política o sociológica. Su lectura nos ofrece, seis decenios más tarde, un completo estudio de las referencias culturales dominantes en materia literaria, estética, musical y sentimental»

Las doce sillas. Las peripecias de Ostap Béndery y su socio Ippolit Matvéevich a lo largo y ancho de todo el país en pos de un fabuloso tesoro escondido en una silla pasaron inmediatamente al acervo cultural de millones de ciudadanos soviéticos que convirtieron en expresiones de uso cotidiano muchas de las parodias que los autores hacían de la nueva lengua rusa, basada sobre todo en acrónimos y en lemas de inspiración leninista. Si es cierto que en la novela no pasa desapercibida la «corrección política» global del argumento, no lo es menos que en cada diálogo y en cada descripción Ilf y Petrov se llevan por delante muchos kilos de fuselaje político que daba cuerpo a ese nuevo idioma ruso que pronto inundó las esferas públicas.

Mas la audacia de los autores no se limita a la actualidad política o sociológica de su indesmayable narración; su lectura nos ofrece, seis decenios más tarde, un completo estudio de las referencias culturales dominantes no sólo en materia literaria o estética, sino en lo que se refiere al imaginario musical, geográfico y sentimental de un pueblo que vio desaparecer, en un breve lapso, las estructuras feudales y las utopías sociales. A su fulgurante éxito contribuyó también el hecho de que para cualquier lector ávido de consuelo frente a la dureza de las condiciones objetivas era muy fácil reconocerse en las situaciones que Béndery —de nuevo en la mejor tradición picaresca rusa, pero ahora a la sombra de la hoz y el martillo— creaba frente a personajes e instituciones para avanzar en su pesquisa; el «gran maquinador» no sólo



bién novelista Valentín Katáev. Estos dos periodistas nacidos en Odesa, a orillas del mar Negro, coincidieron en el Moscú efervescente de los primeros años de la URSS y pasaron a la historia de la literatura satírica con el nombre común de Ilf y Petrov; entre sus textos destaca, por sus cualidades novelísticas y por la excelente recepción entre sus lectores (que muy pronto dejarían de poder leer obras tan alegres), *Las doce sillas*. Publicada por entregas durante 1928 en la revista *30 días*, la novela convirtió inmediatamente a sus autores en una referencia obligada en medio de la eclosión de creadores de todo género que hacía de Rusia uno de

cuya primera víctima es, como siempre, el humor.

Históricamente acostumbrados a un fluido intercambio entre las expresiones populares y su más alta formulación literaria, los rusos habían encontrado consuelo lingüístico y moral desde el siglo XVIII en la sabiduría de las incomparables fábulas de Krylov, en la demoleadora crítica social de Griboyédov y en el cáustico análisis de Gógol. Pero la instauración de un orden basado en la *dictadura del proletariado* venía acompañada de un nuevo reto idiomático que sus súbditos, pasando de ciudadanos a camaradas, empezaban a digerir cuando apareció

es capaz de casarse con desconocidas a las que saquea la noche de bodas, también es víctima de una absurda maquinaria burocrática capaz de contratarle de un día para otro como tramoyista de un teatro flotante en condiciones demenciales.

Anticipándose a los acontecimientos que marcarían la década de los 30, Ilf y Petrov hacen una descripción de Rusia en la que lo viejo y lo nuevo conviven con desenfado hasta donde las circunstancias lo permiten. Las pasiones humanas quedan en evidencia como motor de un *proceso histórico* disputado ya por los distintos materialismos (el histórico,

IMÁGENES DE RUSIA

MUY condicionado en la cultura rusa por la melancolía y el amor, el humor es, en palabras de Gógol, lo que permite descubrir «a través de una risa visible al mundo las lágrimas que éste no ve». Belinski, patriarca de la moderna crítica literaria, defendía la identidad del «alegre y triste humor» de los personajes del *Quijote* y de *Las almas muertas*, y Unamuno, por su parte, sostenía que fue en Inglaterra y en Rusia donde mejor se comprendió la obra de Cervantes. La percepción del matiz cómico en las obras de autores rusos a través de sus ediciones españolas sirve de argumento a uno de los capítulos de *Imágenes de Rusia en España*, un amplio y excelente análisis de medio millar de páginas en el que la filóloga Iana Zabiaka ha investigado con rigor y precisión las relaciones culturales entre ambos países, con especial atención al impacto en España de los textos literarios rusos, la historia de su difusión y la imagen de sus autores entre 1836 y el inicio de la Guerra Civil. Para ello ha analizado en profundidad la Prensa española del primer tercio del siglo y los títulos traducidos a nuestra lengua, así como las obras literarias de autores españoles basadas en temas rusos, con independencia de su vinculación a la realidad, pues casos como los de Cristóbal de Castro o Gómez de la Serna ilustran a la perfección la costumbre de utilizar como escenario narrativo una Rusia rigurosamente falsa pero a menudo igualmente efectiva. — V. A.

el dialéctico y el de toda la vida) y los fundamentos de una sociedad nueva muestran sus raíces en las costumbres y en las relaciones de quienes persiguen una quimera mientras la vida cotidiana les convierte en pasto de su legitimidad. Pioneros en el análisis de un nuevo orden es el que la formulación del poder es más importante que el propio poder y en el que el relato de la realidad minimiza a la realidad misma, Ilf y Petrov pasarán a la Historia como artífices de la crónica más lúcida y divertida de la era soviética, pero también como detectores de un plan taimado e implacable para convertir el mundo en un enorme koljós global del que muchos aún no han empezado a escapar.

Victor Andresco